

I N D I C E

de lo contenido en este tomo.

I. Discurso preliminar sobre la devoción á María santísima. 10.

Gemitus Matris tuæ ne obliviscaris.
Eccli. VII. 29. 10.

II. Huida en el templo. 12.

III. Perdida en el templo. 14.

IV. Calle de la Amargura. 16.

V. Sobre la crucifixion. 18.

VI. Jesucristo de nuevo de la cruz. 20.

VII. Sobre el sepulcro. 22.

I

DISCURSO PRELIMINAR,

Ó

Exhortacion á los siervos y devotos de María sobre el honor y culto que deben dar á esta Madre dolorosa, y las ventajas que deben esperar en recompensa.

SEÑORES:

La devocion á María santísima, cuyos dolores deben considerarse como íntimamente unidos á los misterios del Calvario, no es una de aquellas obras llamadas de supererogacion, ó voluntarias, sino de estrecha obligacion para todo fiel cristiano que desea salvarse. Madre de Dios y nuestra, que intercede por nosotros, son dos legítimos títulos,
Tom. XI. A

que exigen, no solo por gratitud, sino de justicia, los mas rendidos y sinceros homenajes á tan soberana bienhechora; culto verdaderamente ingenuo, que los principios de la fe autorizan, y la práctica de la Iglesia inspira.

De aquí toma su origen la devoción de todo pueblo cristiano á María. Apoyados sobre la mas constante tradición y autoridad de la Iglesia congregada en el concilio general de Efeso, confesamos que es verdadera Madre de Dios, y anatematizamos al impio Nestorio, que osaba decir lo contrario. No nos acerquemos á medir la elevacion de esta altísima dignidad, ni seamos curiosos investigadores de la Magestad, si no queremos ser oprimidos de su gloria. Reservemos á Dios, que penetra los abismos, el conocimiento exácto de sus obras, impenetrables á nuestra debilidad.

No obstante es facil conocer que

María, por Madre de Dios, constituye un orden separado de las demas criaturas, superior no solo á los hombres, sino tambien á los ángeles, y solo inferior á Dios. Los ángeles en efecto se ocupan, como dice S. Pablo, en llevar las órdenes del Eterno; pero María, mas privilegiada, lleva en su seno virginal al Eterno mismo. ¿Cómo podremos rehusar nuestros mas sinceros homenajes á una tan feliz criatura, á quien el Altísimo confió su Hijo? Ella dió á luz el Reparador del mundo. De su purísima sangre fue formada esta sangre divina, que derramada sobre el Calvario obró nuestra redencion. La carne pues de Cristo es la de María, como S. Agustin se explica.

Reflexad, os ruego, sobre este principio. ¿Negarémos nuestro amor á la que debemos nuestra víctima? ¿No ha contribuido por este medio á nuestra reconciliacion? ¿Osarémos negarle nuestros cultos? Esta generosa

hija de Abraham, dice S. Ambrosio, hubiera (en caso necesario) sacrificado por nuestra salud á su amado y único Hijo figurado en Isaac. ¿Miraríamos nosotros con indiferencia tanto amor y caridad? Además, ¿no es la Esposa y templo del Espíritu Santo, donde habita el Señor con complacencia? ¿Cómo podremos pues rehusarle nuestra veneracion y obsequio? ¿Ignorais por ventura que el mismo Hijo de Dios la fue sumiso y la veneró sobre la tierra? Si no os es lícito pues negar la adoracion debida á Jesucristo, y renunciar de su fe, tampoco debeis mirar con indiferencia la veneracion y culto debido á María en calidad de Madre de Dios y de Reyna de los santos.

A estos, segun las decisiones de la Iglesia, nos es permitido honrar é invocar. El Señor los ha glorificado, dice el Real Profeta. A su voz trastornó la naturaleza, suspendió su fu-

ror, abrió y cerró los cielos. ¿No bastará su exemplo, dice un sabio, para autorizar el nuestro? Lo que el Señor ha obrado á favor de ellos por misericordia, ¿no será bastante á justificar lo que hagamos nosotros en su obsequio por religion y reconocimiento? Si es justo pues honrar á los santos, ¿cuánto mas á María, Reyna de ellos? ¿Qué diferencia tan notable entre ésta y aquellos! Los santos manchados en su origen; María siempre immaculada. Aunque Jeremias y el Bautista fueron santificados en el seno de sus madres, no obstante fueron concebidos en pecado; solo María entre las puras criaturas fue concebida en santidad y gracia, recibiendo por primicias la plenitud de ella. Superior pues en dignidad, superior en mérito, superior en gracia y en gloria á todos los santos, debe tambien ser preferida en el culto y veneracion á todos, como Reyna de ellos.

Agregad á estos títulos el de Madre nuestra. Esta asercion no es temeraria, hija de mi entusiasmo. Es una verdad irrefragable, apoyada en el testimonio y última voluntad de Jesucristo, y en la tradicion de su Iglesia. Es verdad que María, virgen antes del parto, en el parto y despues del parto, solo reconoce por hijo propio y natural á Jesucristo, Verbo de Dios, á quien concibió en sus entrañas por obra del Espíritu Santo. Mas esto no impide que sea Madre nuestra.

Acordaos, señores, de aquel dia grande y digno de eterna memoria, en que Jesus desde lo alto de su cruz, echando sobre su Madre una tierna mirada, y mostrándole al amado discipulo, la dice: *muger, hé ahí á tu hijo*. El ocupará mi lugar, me representará á tus ojos, y tú serás su Madre. ¡Qué bello presente! dice un sabio: ¡qué rica sucesion! ¡qué preciosa palabra! Despues dixo al discipulo:

hé ahí á tu Madre. ¡Expresion adorable! que segun los padrés de la Iglesia significa la adopcion que ordenaba por su testamento á favor nuestro. Es decir, que desde aquella hora quedábamos asignados por hijos adoptivos de María, y ésta destinada para Madre nuestra.

De aqui se sigue, que habiendo tenido esta adopcion su origen en el Calvario y en el momento de las mayores aficciones de María, debemos considerarnos como hijos de sus dolores, porque entre ellos nos adoptó, con arreglo á la voluntad del Eterno. Por manera, que la que dió á luz sin dolor á Jesucristo en el portal de Belén, como la fe nos enseña, padeció inmensos dolores, como la que está de parto, segun la expresion del salmo, al adoptarnos al pie de la cruz.

Si es pues Madre nuestra, ¿cómo podremos rehusarla el honor, la reverencia y obsequio? La ley nos

manda honrar á nuestros padres; ¿negarémos nosotros este homenaje á nuestra Madre María? Honra á tu madre toda tu vida, decia el anciano Tobías á su hijo, y acuérdate de los peligros y trabajos que por ti ha padecido. No olvides, añade el Eclesiástico, el gemido de tu madre: ¿cómo podremos olvidar nosotros el lamento de la nuestra al pie de la cruz, ni los trabajos y aflicciones que durante su vida padeció por nosotros?

He dicho *por nosotros*, porque desde el pesebre, en que dió á luz á Jesucristo, hasta la cruz, en que le vió espirar, fue participante de todas sus penas y trabajos, y unida su voluntad á la de su amado, que habia venido á padecer por el hombre, ofreció al Padre Eterno el mismo sacrificio que su Hijo, derramando ella la sangre de su corazón, mientras Cristo la de sus venas, segun la expresion de S. Agustin. De aqui el carácter de redentora con el

Redentor, de mediadora con el Mediador, de cooperadora de nuestra salud, de víctima con el Cordero sin mancha, de puerta del cielo, árbol de la vida, refugio y asilo de los pecadores; expresiones enérgicas con que los padres y la Iglesia la saludan. Con este mismo espíritu venera la Iglesia en el cánon de su sagrada liturgia la memoria de la siempre Virgen María, y pedimos al Señor por la intercesion de esta gloriosa Virgen nos libre de todos los males pasados, presentes y futuros.

II. Hé aqui las ventajas sólidas que nos debemos prometer si honramos debidamente á nuestra Madre dolorosa. Su beneficencia no se limitó al Calvario. Desde el sόlio de grandeza, magestad y gloria que ocupa, jamas olvida á los hijos de su dolor. El calor de su caridad se extiende á todas partes. ¿Quién hay de vosotros que no haya experimentado los efectos de su alta proteccion? Ella

10 DISCURSO

ha sido vuestro asilo en las urgentes tribulaciones de la hambre, de la peste, de la guerra y de los terremotos. ¿Cuántas veces no hubiera peligrado vuestra vida y vuestra suerte eterna sin el socorro de esta Madre? ¿Cuántas no os ha prevenido con bendiciones de suavidad y de dulzura para que no cayéseis en el abismo de las culpas? ¿Cuántas no os ha sacado con su poderosa intercesion de entre las fauces del demonio?

¿Que no pueda, señores, detenerme á presentaros aqui todos los ilustres trofeos de las enfermedades y miserias humanas que penden en nuestros templos, como otros tantos monumentos perpetuos de la beneficencia de María! ¿Quién, os ruego, ha estimulado á los reyes cristianos á poner baxo la proteccion de esta augusta Soberana su trono y sus estados? El carácter benéfico de María. ¿Quién inspira al guerrero á invocarla en los combates, al marinero en las borras-

PRELIMINAR. 11

cas, al viajero en los peligros, al pobre en la indigencia, al moribundo en la agonía? El carácter benéfico de María. ¿Quién mueve al pecador á invocar su augusto nombre, para no caer en la tentacion, y al justo á buscar su alta proteccion, para conseguir el don de la perseverancia? El carácter benéfico de María. ¿De dónde en fin dimanan como de asilo de intercesion las gracias concedidas por Dios al pueblo cristiano y el socorro de sus necesidades? Del carácter benéfico de esta misericordiosa Madre.

Con razon pues decia S. Bernardo: si fluctuais en el mar borrascoso de este mundo, fixad la vista en la estrella del norte, que es María, para no perecer entre sus furiosas olas. Si tropezais con escollos de tribulaciones, recurrid á María. Si os turba la gravedad de vuestros delitos, si os confunde el horror de vuestra conciencia, y el terror del juicio, buscad vuestro asilo en esta Madre.

dolorosa. En los peligros, en las angustias invocad á María, no falte de vuestros labios, no se aparte de vuestro corazon; ella os servirá de refugio en todas vuestras necesidades; vosotros baxo su tutela no perecereis en el mar vasto y tempestuoso de este mundo, porque no es posible, dice un padre de la Iglesia, perezca un verdadero devoto de María. ¡Qué estímulo de confianza, qué motivo de espiritual regocijo para los siervos de esta Madre!

Mas para no errar en materia tan grave y delicada, ni aprender por luz las tinieblas, es necesario distinguir los verdaderos de los falsos devotos, con arreglo al espíritu de la religion. Seguidme atentos.

La devocion tiene sus justos límites. A veces es defectuosa por excesos, y otras es perfecta y digna de un cristiano. Esta es únicamente la que acepta nuestra Madre dolorosa, y la que puede atraernos su

alta proteccion, para no perecer en el tremendo juicio. La devocion perfecta debe ser ilustrada y prudente, para estar á cubierto de dos abusos ordinarios en esta materia. Cuando se trata de la devocion á María, dice un sabio, unos conceden mucho, otros poco á su proteccion. Los primeros son pecadores impenitentes, que reducen todo su culto á ciertas preces, sin hacer violencia á sus pasiones favoritas, ni esfuerzo alguno por destruir el cuerpo del pecado. Los segundos son incrédulos, ó mundanos indolentes, que en nada menos piensan que en la invocacion de los santos. Entre estos dos extremos viciosos media la perfecta y verdadera devocion á María, que debe estar adornada de los caracteres de fidelidad y de imitacion, de fervor y confianza.

En efecto, señores, ¿cómo seremos verdaderos devotos de María, si no procuramos imitarla con fide-

lidad? ¿Qué cosa mas comun en este mundo que querer ser semejantes y conformes al objeto que se ama? Asi tambien quiere el Señor ser servido, y S. Pablo nos intima la conformidad á la imágen de Jesucristo para ser salvos. Cualquiera otro culto es abominable á sus ojos. Oid cómo se explica por un profeta. Yo voy á descargar mi ira sobre este pueblo, y hacerle conocer los funestos efectos de mi cólera. ¿Qué ha hecho, Señor, este pueblo tan querido, clama sorprendido el profeta, para haberse hecho indigno de vuestras antiguas misericordias? Vuestro templo abierto y frecuentado; vuestros altares cargados de dones, y enriquecidos de perfumes; vuestros sacrificios multiplicados, é innumerables víctimas espirando bajo el cuchillo del sacrificador; ¿no son estas suficientes pruebas de su religion y su piedad? ¡Ah, vana religion! ¡falsa piedad! Este pue-

blo me honra con los labios, dice el Señor, mas su corazon está lejos de mí.

¿No podria nuestra Madre decir esto mismo á muchos de sus pretendidos devotos? ¿A qué fin tanto esplendor de culto sin efecto alguno? ¿De qué sirve tanta pompa exterior sin ninguna realidad? ¿A qué fin honrarme con los labios, si no tengo parte en vuestro corazon? Sabed que no se me honra sino por mis virtudes, aspirando á imitarlas con fidelidad, fervor y confianza.

Su paciencia pues y conformidad en los trabajos, su humildad profunda, su pureza, su espíritu de caridad, son virtudes características de María, y dignas de la imitacion de sus verdaderos devotos. ¡Mas ah! ¿Cuáles son los que ponen su estudio en imitarlas? Yo solo veo de ordinario devotos de María que concurren á sus templos, mas por una vana curiosidad, que por sincera devocion. De-

votos de María, que nada omiten de sus placeres, ó que mantienen de por vida la discordia, el pleito injusto, el trato sospechoso. Devotos de María, que ó no pagan su trabajo en conciencia, ó retienen la sangre del pobre, aplicados al monopolio y á la usura. Devotos de María, pero que viven como otros tantos fariseos, llenos de orgullo y de soberbia, cargados de pasiones violentas, de vicios delicados, y que baxo pretexto de zelo, desacreditan al sacerdote, al magistrado, á la persona libre, á la casada. Devotos de María, pero sin dexar la mala costumbre de maldecir, jurar y blasfemar; que ni restituyen la hacienda ni la honra que han quitado, ni jamas se han propuesto un deseo sincero de convertirse á Dios, una firme resolución de abandonar el pecado, y abrazar el espíritu de penitencia.

¿Qué juicio formaremos de estos y semejantes devotos de María? ¿Juz-

gais tendrán vida en Cristo estos huesos áridos de la religion, estos cadáveres de la fe, á beneficio de algunos actos de piedad, de ciertas preces y oraciones tibias, dirigidas á Dios por medio de su Madre y nuestra? ¿Son estos los devotos que no perecerán? ¿Tendrán estos asilo seguro en María? ¡Ah, no os engaños, mortales! En vano os gloriareis de hijos de Abraham, si no son de Abraham vuestras obras. Es decir, en vano esperais la alta y benéfica proteccion de María, si no aprendeis y trabajais por ser sus devotos verdaderos.

Tales son, segun el espíritu de la Iglesia, los que solicitan imitar sus virtudes, los verdaderamente convertidos; los que buscan seriamente su salud eterna, los que con sinceridad se proponen volver á Dios, de quien se habian alejado por la culpa; los que abandonan las sendas de la iniquidad, para entrar en las de la justificacion; el inocente de manos, el

puro de corazón, el humilde, que teme el juicio de Dios, y desea amarle eficazmente. Estos son los que deben confiar en el amparo y protección de María. Ninguno que perseverare en estos santos propósitos padecerá ruina eterna. Todos estos sus fieles devotos conseguirán por la mediación de esta Madre una verdadera conversión, llorarán su pecado, y obtendrán la bienaventuranza.

¿Qué pedirá en efecto á favor de sus hijos adoptivos esta Madre que no le sea concedido? ¿Qué podrá rehusarle Jesucristo, cuya naturaleza es la bondad? ¿qué podrá negar á una Madre heredera de su espíritu y de su misericordia? Parece me le oigo decir como Salomón á Betsabé: pide, Madre mía, que no me es lícito rehusar tus peticiones. Yo pondré donde os agrade mis ojos de clemencia. A vuestra voz suspenderé mi cólera, encadenaré al demonio, cerraré los abismos. Sé tú el refugio de los pecado-

res, el remedio de los afligidos, la fortaleza de los flacos, la protectora de tus devotos, y la reconciliadora de tus hijos. *Pete, Mater mea.*

No diré yo por un exceso de piedad, ó de una mal entendida devoción, que tiene María autoridad para salvar las almas que por un justo é irrevocable juicio ha reprobado su Unigénito. Esto seria debilitar su poder y su beneficencia, y en vez de él, una injuria atroz contra Jesucristo y contra su Madre. Pero sí diré, que puede contener mejor que Moysés la ira del Señor contra un pueblo idólatra; ni dudo afirmar que su poderosa protección debe inspirarnos mas confianza que á Judas Macabéo las oraciones de Onías y Jeremías: diré en fin, que es la mediadora de los pecadores para con su Hijo, como éste lo es para con su Eterno Padre; porque así como Jesucristo muestra sus llagas al Padre celestial, para inclinarse sus entrañas á clemencia, así

tambien María manifiesta á su Hijo el seno virginal en que fue concebido, para inclinarle á misericordia ; y asi como el Padre oye siempre la voz de un Hijo que por su honor y gloria ha derramado su sangre, asi tambien el Hijo atiende siempre la súplica de una Madre, á quien debe la sangre que derramó por nosotros.

¿Qué mas? Jesucristo sobre la tierra ha hecho la voluntad de los santos, obedeciendo tal vez Dios á la voz del hombre, segun el oráculo del Espíritu Santo. ¿Cerrará sus oidos en el cielo á las súplicas de una Madre, de quien fue súbdito sobre la tierra? A petición de Marta y de María resucita á su hermano Lázaro, porque estas santas mugeres le habian hospedado en su casa ; y María que le ha concebido en su seno, y le ha llevado en sus brazos, ¿no podrá conseguir resuene á favor de los pecadores esta voz omnipotente, que arranca al infierno sus conquistas?

¡ Ah! hijos de las angustias y dolores de María, alentad vuestra confianza en la proteccion de vuestra Madre. Ella ha sido designada por Dios para este efecto, y nosotros somos hijos adoptados por esta Señora en el momento de sus mayores dolores. Atended pues á la piedra de donde habeis sido cortados. Veneradla como á Madre ; no olvideis sus gemidos al tiempo de adoptaros, ni lo mucho que debeis á su benéfica proteccion. Imitad sus virtudes. Este es el verdadero culto que exige de vosotros. La detestacion del pecado, el amor á Dios y al próximo, es el ejercicio que os pide para reconciliaros con el Padre celestial. Si os gloriais pues de hijos de María, obedecedla, amadla, invocadla fervorosos y llenos de confianza. En esta hipótesi no dudeis que os alcanzará del Todopoderoso auxilios en vida y muerte, y la eterna bienaventuranza. Amen.

SEPTENARIO DE DOLORES.

DIA I.º

PROFECÍA DE SIMEON.

*Et tuam ipsius animam pertransibit
gladius.*

Luc. II. 15.

Un Dios, inmutable, eterno, inmenso, figura de la substancia del Padre, esplendor de su gloria, viva imagen de su Divinidad, y único Dios con el Padre, y el Espíritu Santo en unidad de esencia; un Dios, repito, engendrado por toda la eternidad en el esplendor de los santos del útero fecundo de su Padre celestial, y humanado en tiempo, por su amor al hombre, en el vientre

virginal de una doncella por obra del Espíritu Santo; un Dios hombre, que por nuestra salud se ofrece voluntariamente á los mayores tormentos y á la afrentosa muerte de una cruz; y María, verdadera Madre de este Dios hombre, fiel testigo y compañera inseparable de sus penas, que ofrece al Padre Eterno el mismo sacrificio que su Hijo, derramando la sangre de su corazón, mientras aquella de sus venas, como se explica un padre de la Iglesia; ¿no son estos, señores, los dos augustos personajes, objeto de la profecía de Simeon? ¿no es la pasión y muerte del adorable Salvador de los hombres la penetrante espada de dolor que debe traspasar el corazón de María? Además, ¿no fueron nuestras culpas los principales artífices y executores de esta trágica y augusta escena? ¿No es la enmienda del pecador y la detestación del pecado el fin con que la Iglesia, siempre so-